

Brian Catling

Vorrh
El bosque infinito

Traducción del inglés de
Pablo González-Nuevo

 Siruela
Nuevos Tiempos

Índice

| | |
|------------|-----|
| PARTE UNO | 13 |
| PARTE DOS | 187 |
| PARTE TRES | 367 |
| EPÍLOGO | 469 |

*Para David Russell e Iain Sinclair,
que me entregaron la brújula, el mapa y el machete
e insistieron en que emprendiera la expedición*

No logro pensar en aquellos días sin recordar, una y otra vez, lo difícil que me resultaba al principio controlar la respiración. Aunque técnicamente inspiraba de forma correcta, cada vez que intentaba mantener el brazo y el hombro relajados al tensar el arco, los músculos de mis piernas adquirían una violenta rigidez, como si mi vida dependiera entonces de una firme sujeción al suelo y de una posición sólida, y como si, al igual que Anteo, yo recibiera mi fuerza de la tierra.

EUGEN HERRIGEL, *El zen y el arte del tiro con arco*

La vitalidad de lo demoniaco — guiada siempre por el genio en el sentido más literal de la palabra — se extingue, por supuesto, con la renuncia a un *lebensraum* (establecimiento de colonias) sin límites.

LEO FROBENIUS, *Paideuma*.
Esbozo de una doctrina sobre la civilización y el alma

Junto al mismo árbol estaban sentados otros dos haces de ángulos agudos con las piernas levantadas. Uno, la cabeza apoyada en las rodillas, sin fijar la vista en nada, miraba al vacío de un modo al tiempo aterrador e intolerable; su hermano fantasma reposaba la frente, como si estuviera vencido por una gran fatiga. Alrededor de ellos estaban desparramados los demás, en todas las posiciones posibles de un colapso, como en una imagen de una masacre o del azote de la peste. Mientras yo permanecía paralizado por el terror, una de aquellas criaturas se elevó sobre sus manos y rodillas y se dirigió al río a beber. Bebió, tomando el agua con la mano, luego permaneció sentado bajo la luz del sol con la piernas cruzadas, y después de un rato dejó caer la cabeza sobre el esternón.

JOSEPH CONRAD, *El corazón de las tinieblas*

PARTE UNO

*El daño recibido al nacer no se cura,
de igual modo que el agua de un pozo envenenado
no puede limpiarse: todo mal regresa al final,
o permanece oculto en nuestra sangre.
De ahí nuestra certidumbre en el dolor:
las mañanas perdidas ya no vuelven¹.*

El hotel, adormecido y grandioso, estaba sumido en la oscuridad. Las barrocas habitaciones y los pasillos de altos techos parecían haberse fortificado a regañadientes contra la viciosa luz que intentaba con desesperación atravesar los pesados cortinajes que cubrían las ventanas con el único fin de invadir el suntuoso establecimiento. La *suite* que ocupaba el francés era la mejor del hotel y sin embargo su decoración era monótona y poco ostentosa.

Él estaba de pie, desnudo y consumido, en el cuarto de baño de mármol y cristal. Las cicatrices superficiales de su cuello y de una de sus muñecas, de un rojo intenso, parecían palpitar. Los gruesos puntos de sutura de la otra muñeca eran aún recientes. La dosis de barbitúricos no había hecho efecto y una bandada de querubines dorados se burlaba de él mientras una pequeña hueste de serafines de apariencia femenina revoloteaban indiferentes a su alrededor. Con la verga en la mano, evitó contemplar su propio reflejo en el gigantesco espejo que tenía delante. Era un hombre menudo y había envejecido de forma prematura. Los servicios que le prestaba su mano ya no surtían el menor efecto y el venoso pedazo de carne parecía aún más cansado que él. No lograba convocar ninguna imagen capaz de infundirle vida, de espolearlo a la acción, aunque había presenciado mucha a lo largo de su vida e imaginado aún más. Sabía que Charlotte, su *maîtresse de convenance*, y su sirvienta estaban en la habitación de al lado. Sabía que el chófer podría haberle traído ya a esa hora alguna sucia flor de vertedero, o quizá de los muelles. Sabía que sus compañeros de viaje estaban tan hastiados como él, aunque no le cabía duda de que él mismo había sido el inventor de su propia existencia, la de ellos y quizá incluso de

¹Primera estrofa del poema *Oración de Gertrudis*, de Rudyard Kipling. (*Todas las notas son del traductor*).

todo su mundo. A veces pensaba que la realidad era una quimera de su propia creación, el producto de un sueño que ahora lo eludía continuamente.

En algunas ocasiones las drogas le permitían alcanzar un lugar en el que su mente no lo hostigaba, aunque no era frecuente. La combinación de las dosis adecuadas se resistía a permanecer estable. Las cantidades que mezclaba para sus cócteles de narcóticos aumentaban, pero no conseguían otra cosa que dejarlo exhausto sin permitirle llegar hasta el nebuloso limbo que anhelaba alcanzar. Obligaba a Charlotte a anotar todo con precisión. Las cantidades, las mezclas, los tiempos. Sin duda la mezcla ideal tenía que estar ahí, oculta en algún rincón del purgatorio que ahora habitaba. Cuando recordaba su historia, le gustaba la idea de ser una especie de doctor Jekyll experimentando con pociones secretas. En ocasiones dudaba de la habilidad de Charlotte para llevar a cabo un registro preciso. Posiblemente cometía errores, pequeños descuidos, y mentía acerca de las dosis, que no funcionaban del modo deseado. Había discutido con ella varias veces a lo largo de los últimos días y la mujer afirmaba ceñirse con precisión a sus indicaciones e intentaba calmarlo con una exasperante paciencia. Pero él estaba seguro de que ella lo engañaba con sus ardidés de astuta sirvienta. Algunas noches y la mayoría de las mañanas ella lo encontraba tendido en el suelo de su habitación, arrastrándose de rodillas, quizá huyendo o tratando de alejarse de lo que quiera que fuese que estrangulaba su corazón. Desde hacía un tiempo dormía en el suelo. El terror a caerse de la cama lo había obligado a arrastrar el colchón hasta el entarimado de madera. Por fin encontró su medicina y de nuevo se vio obligado a enfrentarse a su burlona imagen en el espejo.

La noche anterior habían lanzado fuegos artificiales y un desfile había recorrido las calles de la ciudad. La música y la algarabía se habían arrastrado fachada arriba hasta colarse por las ventanas de su habitación. A la mañana siguiente todo estaba empapado. Podía sentir cómo se estremecía la tierra y cómo los últimos estertores de la fiesta eran barridos por la lluvia. Un tinte de azufre y nitrato empapaba el aire.

Levantó la vista hacia el espejo y su rostro se crispó en un rictus que pretendía pasar por una sonrisa. Max Kinder estaba ahora de pie frente a él, donde debería estar el gigantesco espejo de marco dorado, desnudo y, una vez más, con su mismo aspecto físico. Cuando el francés alzó un brazo cansado, Max replicó su movimiento con precisión. Esta había sido la gran invención del come-

diante: el reflejo vivo. Una actuación que sería imitada a lo largo de todo el siglo y hasta el fin de los tiempos. A menudo él mismo había copiado las creaciones de Kinder, el desesperado petimetre incapaz de comprender cómo funciona el mundo. Sus histriónicos gestos de sorpresa y confusión habían dado a luz a uno de los primeros personajes cómicos que llenaron de hilaridad las titilantes pantallas de los cinematógrafos. Se tiró del bigote y Max hizo lo mismo. Después, mirando a Max a los ojos, señaló la herida abierta en su brazo, un tajo profundo y ahora exangüe. Había muerto nueve años antes en el cénit de su fama, en otro espléndido hotel. Su mujer se había cortado primero, mientras la mano de él la ayudaba a sostener la cuchilla. Pero esta danza frente al espejo era de una naturaleza muy diferente. El francés asintió y apartó la mirada de su reflejo mientras Max se fundía de nuevo con él mismo y con el espejo. Era consciente de que había exprimido hasta la última gota su imaginación, su fortuna y su libido. Sabía que había echado a perder un don precioso, pero ¿cómo había ocurrido? Sabía que tiempo atrás había sido un hombre llamado Raymond Roussel. Sabía que el anhelo y la culpa eran cada vez más fuertes y que ya no le quedaba dinero ni recuerdos a los que aferrarse. La realidad se desvanecía y sus ficciones ya no significaban nada. Se dio cuenta de que había llegado la hora de morir, y eso hizo.

*La mirada ha caído en desuso a la hora
de encordarlos. Del mismo modo, la muesca
de mitad del arco ha desaparecido.*

LEO FROBENIUS, *El arco, Atlantis,
La voz de África*. Vol. 1

El arco que llevo conmigo al bosque está hecho de Este.

Ella murió hace diez días, justo antes del amanecer. Presintió la llegada de la muerte mientras trabajaba en el jardín. En un instante de lucidez, bajo el sol de la tarde, vio entre las plantas los espacios vacíos donde ya no estaba. Al volver a entrar en nuestra humilde casa, mientras se perdía entre las sombras y se quitaba el sombrero de paja, para colgarlo como siempre en un clavo de la pared orientada al norte, me preparó para lo que tendría que hacer.

Ella vino al mundo con el don de la clarividencia y gran parte de sus visiones nacían de un afán por partir, como la brisa que anticipa una ola, el viento antes de una tormenta. Los videntes mueren en un triple lapso, desde el exterior hacia el interior. Los detalles y el alcance de cada una de las fases que atravesaría debían ser cuidadosamente anotados y escuchados, sin la menor muestra de pánico o emoción por mi parte, pues entonces sería yo quien tendría que representar otro papel.

Nos despedimos durante los días que precedieron a su última noche. A partir de entonces dejé mis sentimientos a un lado, pues había rituales más importantes que llevar a cabo. Todo esto lo comprendí desde que decidimos estar juntos. Fue como una revelación. Nuestro amor y camaradería crecieron dentro de los límites siempre abiertos de sus propias exigencias. Y, en secreto, decidí mantener en todo momento la distancia necesaria para aprender a enfrentarme a ese engaño que es la soledad.

De pie ante la mesa de madera maciza, mientras su sangre se se-
caba sobre mi piel, contemplé su cuerpo desmembrado y reducido
a materia y lenguaje. Me dolían las manos y la espalda a causa del
esfuerzo de despedazar su cuerpo, y aún podía escuchar en el aire
el eco de sus palabras. La serena ejecución de mi tarea, repetida
una y otra vez, resonaba en mis oídos con la monótona insistencia

de una cantinela que acallaba las dudas y la amenaza del olvido. Había sangre por todos los rincones de la habitación, pero ningún insecto lograría colarse en este lugar, ni una sola mosca se libaría en su sangre, ninguna hormiga sorbería su tuétano. Durante esos días estuvimos completamente aislados del mundo y llevé a cabo mi tarea con determinación, humildad y benevolencia.

Me había explicado todo lo que tendría que hacer mientras le servía el desayuno una insólita mañana lluviosa. El pan negro y la mantequilla, de un vibrante amarillo, parecían observarnos desde el plato con burlona intensidad; la fruta palpitaba y se deformaba lentamente revelando sus obscenos conductos y ventrículos, vívidos de pura inocencia bajo nuestra mirada. Me senté en el borde de la cama escuchando las sencillas palabras que engarzaba y que de forma natural fueron adquirieron la cadencia de la lluvia, mientras mi miedo las incendiaba, transmutándolas en alambres ardientes de pura furia que se me clavaban en las entrañas ávidas de oxígeno.

Arranqué largas y delgadas tiras de carne de los huesos de sus piernas. Entrelacé tendones y nervios y estiré los músculos hasta convertirlos en láminas trenzadas que a continuación ligué con lino que ella misma había recogido en el jardín. Con ellas fabriqué el arco, entretejiendo fibras y venas que, a medida que se fueron secando, se combaron y encogieron hasta adquirir la forma deseada. Con suma delicadeza, extraje de su cuerpo la matriz y en tan incólume receptáculo introduje sus manos previamente desmembradas y a continuación la sellé, después de darle la forma de una bola de contorno irregular que palpitaba levemente en mis manos. Le afeitó la cabeza y le extirpé los ojos y la lengua, que después introduje en el poderoso músculo que había sido su corazón. Una vez concluida mi tarea, coloqué los órganos sobre el escurridor de madera de la pileta. Reposaban inmóviles, imbuidos de un mudo esplendor, brillando de pura extrañeza en la penumbra, a salvo de la luz criminal. Lo que aún quedaba sobre la mesa y repartido por el suelo eran meros desechos que arrojé a los perros salvajes, a modo de ofrenda, cuando al fin salí de la casa dejando abiertas todas las puertas y ventanas. Durante tres días conviví con los objetos nacidos de ella y con los restos que no utilicé. El aire estaba embargado por su presencia y por el profundo olor a almizcle de los miasmas y fluidos de su cuerpo. La mata de gruesos cabellos sin lavar parecía hincharse y respirar bajo los rayos de sol que, proyectando la sombra de un perfecto enrejado, lograban colarse en la habitación al caer

la tarde. La visión de esos fragmentos de lo que ella fue consiguió alejar de mi mente por unos instantes los abrumadores efluvios, el acre aroma a cobre de su sangre y de los rescoldos aún vivos de sus entrañas. El tercer día enterré su corazón, su matriz y su cabeza en el jardín, en un pequeño hoyo circular que ella había excavado con sus propias manos la semana anterior.

Enterré su brújula y la cubrí con una piedra pesada y voluminosa. Obedecí sus indicaciones a la perfección. En silencio y sin derramar una sola lágrima, cogí la flecha que ella misma había fabricado y entré en casa por última vez.

El arco estuvo listo con sorprendente rapidez. A medida que los días y las noches moldeaban su curva, se fue combando y adquiriendo la firmeza necesaria. En cierto modo, la evolución de sus formas me hizo recordar los cambios sufridos por el cuerpo de Este durante su agonía, aunque su transformación no tuvo nada que ver con ninguna de las demás muertes que yo había presenciado o en las que había participado a lo largo de los años. Con Este, un anhelo manifiesto lo embargaba todo, igual que el azúcar absorbe los líquidos y la sal los libera. Cada hora de aquellos tres días la fue transformando de un modo espantoso y al mismo tiempo irresistible. Cada recuerdo físico de su cuerpo, desde la infancia en adelante, flotaba en la superficie de su hermosa piel. Cada uno de los gestos que habían evolucionado hasta dotarla de su gracia natural tenía su origen solo en ella, y a través de ella se evidenciaban alegremente, incluso en la torpeza. Cada pensamiento lograba encontrar su camino a través de sus huesos y exhalaba oleadas de sombra que parecían emerger de lo más profundo de un océano, elevándose hacia la luz del sol y dispersándose hasta hacerle frente al ocaso que se cernía sobre ella. No podía abandonarla. Me sentaba o me tendía a su lado fascinado y horrorizado, presa del trance y la excitación, mientras semejante procesión llegaba inexorablemente a su fin. Sus ojos resplandecían y se extinguían, pálida transparencia de un fuego encendido con pedernal. En esos momentos, ella solo era vagamente consciente de mi presencia, y sin embargo fue capaz de darme instrucciones en todo momento y de explicarme con exactitud el procedimiento que pronto tendría que llevar a cabo. Lo hacía con el fin de disipar mi dolor y mi angustia, pero también para demostrarse a sí misma que aún tenía el control. La noche del tercer día, el recuerdo volvió a aparecer en mis sueños. Era un modo de depurar nuestro tiempo juntos, la constancia de su presencia junto a mí. Desde el día en que abandonamos su poblado

nunca más nos separamos; exceptuando aquellas extrañas semanas, cuando me pidió que permaneciera en casa mientras ella moraba en el jardín día y noche. Cuando regresó estaba pálida y agotada.

El arco está adquiriendo un tinte de color negro, convirtiéndose así en la sombra más oscura de la habitación. Todo está en silencio. Estoy sentado y sostengo en mis manos las dos flechas envueltas en lienzo. De sus virutas nacen mi hambre y mi sueño, pensamientos olvidados fruto de mi irredimible humanidad.

Recojo de los armarios y del jardín las viandas que necesitaré para el viaje, alimentos cuyos efluvios arrebatan mis sentidos. El aroma de los cítricos y del tocino inundan la habitación; salvia y tomates, cebollas verdes y pescado en salazón. A la separación tan solo ha sobrevivido en mí lo esencial, y un largo estupor sin sueños me espera a modo de implacable castigo.

Al amanecer, me tiemblan las manos al sostener el arco mientras mantengo abierta la puerta, con las flechas entre los dientes. Ha llegado el momento decisivo y me sumerjo en la luz deslumbrante de la mañana. El anciano bosque abre ante mí sus puertas de deterioradas bisagras antes de devorarme. Abrumada, la casa se rinde evidenciando al fin su hasta ahora disimulada miseria, como si de un último acto de sumisión se tratara. El calor y un fuerte viento me golpean sacándome de mi estupor y sellando definitivamente la casa, que ya no es más que un cascarón vacío.

Con el arco apretado contra el pecho, voy arrancando algunas hojas oscuras y secas que aún quedan en las astas de las flechas. Son blancas, de un blanco infinito y difuso sin el menor atisbo de sombra. Absorben la luz del día en su gredosa superficie y me siento aturdido por el mero hecho de contemplarlas. Levanto el arco, cuya cuerda debo haber tensado mientras dormía, y coloco en su vientre una de las flechas. La otra aún está envuelta en lienzo, reservada para el final. Habrá otras muchas entremedias. Este es el momento de la partida, su última indicación. Tenso el arco con todas mis fuerzas, y este simple gesto pone a prueba hasta el último músculo de mi cuerpo. Siento la tensión que se apodera de mí mientras la cuerda toca mis labios. Al aferrar la elegante curva del arco el mundo enmudece e incluso el viento contiene el aliento ante la energía que emana del inminente disparo. Por primera y última vez el arco guarda silencio, con excepción de los leves crujidos que mimetizan la rigidez de mis huesos. Lo levanto hacia el cielo trazando una per-

pendicular con respecto al sendero que recorre las suaves colinas desde nuestra casa como una cicatriz casi vertical.

La flecha vuela y desaparece en el cielo con un sonido que atraviesa mi cuerpo y todo cuanto me rodea, ya sea visible o invisible. Sé que no volveré a ver esa flecha. No es su cometido servirme de guía. Será otra muy diferente la que cumpla esa misión.

Esta primera flecha blanca aún estará trazando espirales en el aire, percibiendo en su punta fría como el hielo la sangre que ha de saciar su sed. Por unos instantes permanezco a su lado en las alturas mientras sobrevuela estas tierras porosas, bordeando el mar cuyas olas baten incesantemente al pie de los acantilados, y dejando atrás aldeas desoladas y tribus brutales; acercándose al desierto y más tarde al bosque oscuro que oculta celosamente su verdadero significado.

El dolor me alcanza una vez más cuando me detengo aturdido ante el sendero, aún en el jardín. Me arde la cara interna del brazo que la cuerda del arco golpeó como un látigo al liberarse de la presa de mis dedos, arrancando la piel con la facilidad de una cuchilla deliberada e indiferente. Me inclino hacia delante para recoger el petate y la aljaba, endezco la espada para acomodar el arco y empiezo a caminar en dirección a la espesura.

Esta tierra ha quedado despoblada. Requiere demasiado esfuerzo mantener vivos estos campos secos para obtener únicamente pegajosos tomates y polvorientos melones enanos. Es un país de viejos que siguen cultivando sus pequeñas parcelas por mera costumbre, que llevan a cabo sus rituales diarios al ritmo del extenuado tictac de un reloj cuyo arcaico mecanismo está a punto de morir. No quedan jóvenes que sepan repararlo, nadie que esté dispuesto a darle cuerda día tras día con el fin de despertar a esta famélica tierra. Los jóvenes se han marchado a las ciudades o han emigrado al extranjero para desempeñar trabajos de esclavo. Están bajo tierra desenterrando fósiles que calentarán los hogares de otras gentes. Habitan chamizos insalubres mientras cánceres químicos emponzoñan sus cuerpos. Son autómatas que agonizan en las cadenas de ensamblaje de mil fábricas, carentes de identidad, idioma y familia. Cuentan y recuentan cada penique que ahorran como una improbable vía de escape. Algunos regresan años después a estos campos para ayudar, a los ancianos y enfermos que los vieron nacer, a levantar calderos agujereados y palas dentadas por la herrumbre. Otros intentan regresar como príncipes, compran ostentosas e in-